

## ¿SE LO PUEDE OLVIDAR?... FELICES Y DIGNOS 94 AÑOS. LAS PALABRAS CONVENCEN, EL EJEMPLO ARRASTRA

**Por Abel Julio Boujón**

Se asomó a la vida en 1904, en las tierras del “Supremo”; del Supremo Entrerriano Francisco “Pancho” Ramírez, claro. Del mismo que en los pagos de Arroyo Seco no dudó en ofrendar su vida para que su cautiva y amada Delfina salvara la suya. Con semejante antecedente hasta parece natural que Hernán Pujato decidiera también consagrar la vida a su amada. La empezó a conocer de “guri” nomás. Primero en la casa de sus padres. Luego en la escuela. A esa novia que, desde hace casi 200 años, viste de celeste y blanco y se alumbraba con el Sol: ¡la Patria! Femenina al fin, ésta intuyó que Hernán no le iba a prometer ni a jurar en vano. Que se honraría, honrándola. Y así fue.

Ocurre a veces, al escribir una dirección o simplemente al detenernos ante el semáforo en rojo, que nos preguntemos: “¿quién habrá sido?”, en obvia referencia al personaje que da su nombre a la calle o avenida. Si la inquietud se prolonga lo suficiente como para llegar hasta la biblioteca, recordaremos entonces que fue uno de los congresales que declaró nuestra Independencia, o un indígena que dio su vida por la causa americana, o un científico, una poetisa o un cantor popular. Es decir, personas que, cada una en lo suyo, se ganaron el derecho a formar parte de nuestra historia. Y será, precisamente, cuando se escriba la historia general de la presencia argentina en la Antártida que, por derecho propio, un capítulo grande y luminoso deberá ser habitado por don Hernán Pujato.

En este tema, la República Argentina viene manteniendo una saludable coherencia desde hace mucho tiempo. Ya en el siglo pasado, don Luis Piedra

Buena anduvo por ahí. Antes lo había hecho el almirante Guillermo Brown. Pero es a partir de 1903, cuando la legendaria Corbeta Uruguay fue a socorrer al científico sueco Otto Nerdenskjold, cuyo barco había naufragado, que nuestro país viene dando sobradas muestras de su vocación antártica y de la decisión de afianzar los derechos que nos asisten. “Desde 1904, y sin interrupción alguna, el Pabellón de la Patria flamea en un sector de la Antártida” -parte del discurso pronunciado el 08 de marzo de 1961, por el entonces presidente de la Nación, doctor Arturo Frondizi, desde la isla Decepción-.

Desde la década de 1930 que el visionario Hernán Pujato, pacientemente, venía preparándose profesionalmente todo cuanto podía, madurando la idea y perfeccionando su proyecto de explorar, relevar y estudiar cada centímetro cuadrado del interior del Sector Antártico Argentino, comprendido entre los meridianos 25° y 74° de longitud oeste, al sur del paralelo 60 sur. Habrá pensado, quizá, que no hay mejor forma de defender la soberanía y los derechos que ejerciéndolos. Durante años, su propuesta fue sumando un NO tras otro. No lograba convencer a nadie. Algunos, piadosamente, en público no le decían ni sí ni no, pero en privado se preguntaban si estaría en sus cabales. Si llegar a la Antártida, atravesando el Drake y con escasez de medios, parecía sumamente arriesgado peor aún era intentar quedarse en el continente blanco sin saber si algún día podría regresar. Como se sabe, en la zona soplan vientos de hasta 200 kilómetros por hora, la noche dura cuatro meses y la temperatura puede llegar a los 50° ó 60° bajo cero. No hay casi vegetación. Sólo, en algunas partes, musgos y líquenes. En cualquier momento se desata una tormenta de nieve que no permite ver a un metro de distancia, y cubre o modifica de tal forma la geografía, que es difícil saber luego desde dónde se viene y para dónde se va. A ello hay que sumarle las grietas, que se abren en el hielo, y son lo suficientemente grandes como para “tragarse” al explorador para toda la vida. Varias veces ha ocurrido. Ante la falta de apoyo, durante mucho tiempo fue estirando y exprimiendo sus sueldos para poder comprar elementos que le serían útiles cuando llegara el gran día. Y, por fin, ese día llegó. El 12 de febrero de 1951, a bordo del buque mercante Santa Micaela, cedido por la empresa Pérez Companc, parte desde el puerto de Buenos Aires con destino a la Bahía Margarita, al sur del Círculo Polar Antártico, la primera expedición científica a la Antártida Continental Argentina, planificada y dirigida personalmente por don Hernán Pujato. Viajan también otros integrantes de la expedición. Llevan víveres para cuatro años y materiales especiales para construir un asentamiento y poder trabajar. ¡Ah! También los acompañan setenta perros polares especialmente traídos de Alaska y Groenlandia. El 08 de marzo, después de sobrellevar todo tipo de peripecias, llegan al lugar. El 21 de marzo de 1951 queda inaugurada la Base General San Martín sobre la costa occidental de la Península Antártica, que es por entonces la base de experiencias y estudios científicos de carácter permanente, ubicada en el punto más austral de la Antártida. El Santa Micaela suelta amarras y don Hernán Pujato, otros siete exploradores y los setenta perros se quedan en el lugar, sabiendo los primeros que hasta el verano siguiente, o el subsiguiente, no habría ninguna posibilidad de que fueran eva-

cuados. Fue duro, durísimo, pero tenían una misión que cumplir y se habían autoimpuesto la obligación de no fracasar. No existían la televisión, las video caseteras ni las comunicaciones vía satélite. La distracción, el esparcimiento, no figuraban casi en la agenda diaria. No había cómo ni con qué. Se debía trabajar, trabajar, con el peligro como compañero de ruta. En esas condiciones la convivencia se hace difícil; sin embargo, es imprescindible que sea lo mejor posible. Se requiere que el jefe posea condiciones poco comunes de liderazgo y ejemplaridad de conducta.

Cuántas veces habrá recordado Hernán el día del solemne juramento. Aquella soleada mañana, cuando ante el formal requerimiento de “¿Juráis a la Patria seguir constantemente su Bandera y defenderla hasta perder la vida?”, él y los demás reclutas, al unísono y con la voz quebrada por la emoción, atronaron el lugar con el “Sí, juro”. Cuántas veces habrá pensado en su Entre Ríos natal, ese poema geográfico con todos los verdes y sus increíbles amaneceres musicalizados por el canto de los pájaros. A sus guerreros de la Independencia y de la Organización Nacional, a los gauchos montieleros y a los gringos, que venidos de la vieja Europa “agacharon el lomo” cada día, de sol a sol, y con sus manos callosas empuñaron el mancera, para así abrir surcos de progreso y esperanza, en la Patria de sus hijos y de sus nietos. Con ese bagaje de recuerdos no podía dejarse invadir por el desaliento, la desesperanza. Todo lo contrario. Y por aquello de que “las palabras convencen, pero el ejemplo arrastra”, es como si él y sus hombres constituyeran una sola persona, una voluntad grandota con muchas piernas y muchos brazos. Lo imposible se hace entonces realidad, y la expedición resulta un éxito. Cuando regresa a Buenos Aires, ya lo tratan de otra manera. Hasta quieren gratificarlo económicamente. Pero Hernán, de los bolsillos flacos y el vivir austero, no acepta. Le alcanza con la satisfacción de haber hecho cuanto ha podido por la Patria, es decir por usted, por ellos, por nosotros, por los que ya no están, y por los que nos sucederán.

Sabe que lo avanzado es sólo un paso. Gracias a su empeño, se crearía luego el Instituto Antártico Argentino y tendríamos también el primer rompehielos, el General San Martín, imprescindible para llegar hasta el Mar de Weddell, en la costa oriental, y continuar con la exploración, la ocupación y la afirmación de la enseña patria, en un territorio sobre el que otros países pretendían y pretenden tener derechos. Contando con ese valioso elemento, planifica y dirige la Expedición Polar Argentina a este lugar. El 18 de enero de 1955 funda la base General Belgrano, hoy reemplazada por la General Belgrano II, que en su momento es la más próxima al Polo Sur, y desde ella explora zonas desconocidas hasta entonces. Permanece en el lugar trabajando durante dos años.

Actualmente, en la Antártida sigue haciendo tanto frío y soplando tanto viento como hace cincuenta años, pero las condiciones de vida son otras. En el asentamiento más próximo a nuestro continente (base Esperanza), viven familias, hay una sucursal bancaria, oficina del Registro Nacional de Personas, de Correos, una emisora de radio, escuela primaria y secundaria, se celebran casamientos y ya varios argentinos nacieron en esa parte de nuestro territorio.

Desde la base Marambio se puede acceder a servicios de Internet, realizar videoconferencias y comunicarse sin inconvenientes con el resto del país. ¿Cómo?... ¡Ah! ¿Cuántos kilómetros de trincheras se construyeron y qué cantidad de misiles tenemos en el lugar?... Cero. Cero. ¡Está prohibido! Son asientos de paz. El Tratado Antártico, suscripto el 01/12/59 en Washington y ratificado por ley 15802, del cual la Argentina junto con otros once países es firmante originario, así lo establece en su artículo primero. También se prohíbe toda explosión nuclear y eliminación de residuos radiactivos en el lugar. La Antártida debe utilizarse sólo para fines pacíficos. En cumplimiento de la normativa vigente, personal rigurosamente seleccionado y capacitado presta apoyo sanitario, de búsqueda y rescate, de comunicaciones, meteorológico, a científicos propios y/o extranjeros y continúa con tareas de exploración para abrir nuevas rutas al Polo Sur.

Don Hernán Pujato, portador de un apellido que suena a calle, a universidad y a Constitución reformada, ha recibido numerosas distinciones. Incluso un accidente geográfico lleva su nombre. Quienes gustan o acostumbran emplear palabras o expresiones de moda hablarían de una figura “emblemática”, o dirían que por su intermedio la Argentina aprobó “una asignatura pendiente”.

Una vieja leyenda tehuelche cuenta que el viajero que llega a la provincia de Santa Cruz y come “calafate”, vuelve. Parece ser que algo parecido ocurre con la Antártida. Quien viaja al sur-sur y “prueba” Antártida, quiere volver. Cuando llega el día del regreso, el antártico vive sensaciones encontradas. La emoción del pronto reencuentro con la familia después de todo un año y un sentimiento de vacío, de pérdida de algo suyo que deja en ese lugar que aprendió a querer. Cuenta otra leyenda que cuando alguien se da vuelta una y otra vez para despedirse, a lo lejos puede ver con nitidez la imagen de don Hernán Pujato y, como si estuviera en el valle del eco, se le escucha decir y repetir: “Feliz regreso a casa, hijo, buen viaje”... “Feliz regreso a casa, hijo, buen viaje”.

Felices y dignos 94 años. Feliz cumple, don Hernán. Entrerriano y General. Salud.